

La recepción de los libros de caballerías en el siglo xvi: a propósito de los lectores en el *Quijote*

María del Rosario Aguilar Perdomo
Departamento de Literatura
Universidad Nacional de Colombia

A José Manuel Lucía, por una amistad que comenzó hace casi diez años en una tarde salmantina y que ha crecido de la mano de Amadises, Florambeles y otros caballeros andantes.

Los libros de caballerías españoles fueron el género que mayor éxito tuvo entre el público oyente y lector durante el siglo xvi. Se conservan numerosos testimonios, tanto literarios como documentales, que indican que su lectura era habitual en distintas clases de la sociedad española de la época. El *Quijote* ofrece a lo largo y ancho de sus páginas un panorama de lo que debió ser la recepción del género caballeresco a través de los diversos personajes que se caracterizan por ser lectores, comenzando por su protagonista que es un consumidor voraz de libros de caballerías.

Palabras claves: Lectura ; Lectores ; Literatura española del siglo xvi ; Libros de caballerías ; *Don Quijote de la Mancha*.

The Reception of Chivalric Romances in the xvieth-Century. Apropos Readers in *Don Quixote*

The Spanish chivalric romances were the most successful literary genre among the listening and reading public during the xvieth century. There are many testimonies, both literary and in documents, that indicate that the reading of these texts was customary among the different classes of the Spanish society at the time. *Don Quixote* offers, throughout its pages, a panorama of what must have been the reception of the chivalric genre through the various characters whose common feature is that they all are readers. The first of these characters is, of course, the hero of the novel, who is a voracious consumer of chivalric romances.

Key words: Reading ; Readers ; Spanish literature xvieth-century ; Chivalric romances ; *Don Quixote of La Mancha*.

Advirtamos que el pliego suelto tiene una vida tan dilatada que llega hasta nuestros días, reimprimiéndose actualmente obras nacidas hace cinco siglos. La falta de esta fuente de conocimiento por parte de la crítica la ha llevado a dar por muertos los libros de caballerías a raíz del *Quijote* y a exponer que, tras la aparición de esta novela, ya no ejerce el género influencia ninguna en España. Nada hay más inexacto: los libros de caballerías se siguieron estampando en los siglos XVI, XVII, XVIII, XIX... y XX, en infinidad de ediciones que certifican un amplio público lector.

Antonio Rodríguez-Moñino

0. Consideraciones preliminares

El protagonista de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* es un voraz lector de literatura caballeresca, en particular de un género que se desarrolló en España a lo largo de todo el XVI e, incluso, el XVII: los libros de caballerías. El empobrecido hidalgo manchego guarda en su biblioteca, como preciados tesoros, libros que ha podido comprar después de vender varias “fanegas” de tierra. Entre los títulos se encuentran libros de gran éxito editorial, como lo demuestra el abundante número de impresiones y reimpressiones que se hicieron de algunos de ellos (*Amadís de Gaula*, *Amadís de Grecia*, *Palmerín de Olivia*), pero también de obras que sólo se editaron en una oportunidad (*Felixmarte de Hircania*, 1556, y *Olivante de Laura*, 1564). Para 1605, fecha de la publicación de la primera parte del *Quijote*, ya había pasado la cota más alta en la curva de producción editorial de los libros de caballerías establecida entre 1517 y 1556, durante el reinado de Carlos V. Sin embargo, hacia 1580 se produce un repunte editorial del género que señala que seguían existiendo numerosos lectores y lectoras, ávidos de consumir literatura caballeresca (Cacho Blecua 2005). Entre ellos, como testimonio literario del fenómeno de la recepción del género en España, se encuentran los lectores imaginados por Cervantes. Alonso Quijano no es el único lector de libros de caballerías en el *Quijote*,

también lo son Dorotea, el barbero y el cura que realizan el “donoso escrutinio” de la biblioteca del hidalgo manchego, el canónigo, el bachiller Sansón Carrasco, luego convertido en el Caballero de los Espejos, los duques, Luscinda, el ventero Juan Palomeque (Marín Pina 1993), todos ellos lectores de diversas condiciones que reflejan las formas de consumo y recepción de la literatura en la época: la lectura individual y silenciosa, más cercana al lector moderno, y la lectura oral y colectiva, característica de la Edad Media y el Renacimiento (Frenk 2003). Estos lectores cervantinos ponen de manifiesto el gusto por este tipo de ficción, que puede evaluarse no sólo a partir de las obras literarias que remiten a la afición por la lectura.

En efecto, numerosas fuentes testifican la enorme recepción que durante los siglos XVI y XVII tuvieron los libros de caballerías en España. Pruebas de su lectura individual o colectiva han sido recabadas a partir de la reflexión sobre la manera como se imprimió y circuló la literatura caballeresca desde 1508, fecha de la primera edición conocida del *Amadís de Gaula*. Así mismo, evidencias del gusto de los lectores de esta época se han encontrado en anécdotas recogidas en diversos tipos de documentación, así como en los inventarios de las bibliotecas de los nobles, y, ciertamente, en las abundantes críticas que sobre los libros de caballerías resonaban en los círculos humanistas (Sarmati 1996). Los libros de caballerías fueron, sin duda alguna, las ficciones más exitosas de la prosa renacentista. Leídos o escuchados, manoseados o aprendidos de memoria —como el caso de Román Ramírez que comentaremos más adelante—, y vituperados por los humanistas que exhortaban a hombres y mujeres a no alterar su ánimo con la lectura de estas obras de entretenimiento (Serés 2004 y 2005, incluido en este volumen), los libros de caballerías pusieron a funcionar a toda máquina las imprentas españolas para cubrir la demanda de un público diverso, apasionado por seguir las aventuras de los hijos y nietos de Amadís de Gaula, la saga del Caballero del Febo, o de Belianís de Grecia, uno de los libros favoritos de Carlos v.

Para el estudio de la recepción del género caballeresco no se puede olvidar que los libros de caballerías fueron también un género editorial (Infantes 1989, Cátedra 1999, Lucía Megías 2002) y que, como tal, su desarrollo estuvo intrínsecamente ligado al auge y posterior crisis de la imprenta en la península ibérica, hasta tal punto que en el momento en que los impresores no pudieron costear su publicación, los libros de caballerías comenzaron a circular de manera manuscrita, determinando así una nueva forma de recepción que deja sin piso la trasegada idea de que, hacia la década de los sesenta del siglo XVI, la escasa presencia de títulos de caballerías en las casas editoriales españolas constituía un claro indicio del poco interés que ejercían en el público lector, en particular en la nobleza (Lucía Megías 2004). Casi ochenta títulos impresos muestran la consolidación editorial, y literaria, de un género que desde 1508 hasta 1602 —año de publicación del *Policisne de Boecia*, último título original impreso—¹ había ido desbrozando el camino de su transmisión gracias a libreros, impresores y lectores. Tampoco puede dejarse de lado que, cuando se hace referencia a la prosa caballeresca, se está remitiendo a casi un siglo de historia literaria, y que necesariamente los niveles de recepción y de lectura de los libros de caballerías cambiaron con el transcurrir de los años, pues el género mismo fue evolucionando y caminando por otros derroteros distintos a los señalados por Garcí Rodríguez de Montalvo. Evidentemente, los gustos de los lectores en el amplio espectro de producción de la literatura caballeresca, en particular de los libros de caballerías, fueron matizándose. Un receptor de comienzos del siglo XVI es distinto a otro de mediados o finales de ese mismo siglo. De hecho, ya hacia 1545 la misma evolución del género caballeresco muestra un cambio temático y narrativo que evidencia el intento por satisfacer las expectativas de

¹ Es necesario recordar que el último título original conocido hasta ahora es la *Quinta parte del Espejo de príncipes y caballeros*, de 1623, que se conserva manuscrito.

unos lectores cada vez más exigentes, que buscan una literatura de pura evasión en la que prime el entretenimiento por encima del didactismo o la enseñanza moral. Es claro entonces que los libros de caballerías sobrevivieron y perduraron en ese arco temporal porque fueron capaces de adaptarse a los cambios en los gustos estéticos de los lectores del siglo XVI (Cátedra 1999, Marín Pina 2005).

1. El goce de la ficción pura: lectores de libros de caballerías

Esos relatos de amor y aventuras, plagados de magias y encantamientos, de festividades cortesanas y episodios eróticos y humorísticos, que eran los libros de caballerías, cautivaron a todo tipo de lectores: cultos y populares, alfabetos, semianalfabetos y analfabetos. Los registros notariales y los inventarios de bibliotecas muestran, por ejemplo, que la aceptación de estos libros se dio tanto en las clases nobles como en las más humildes. Aunque los primeros estudios sobre la recepción y el público del género caballeresco indicaban que el grupo más amplio de lectores se encontraba en la nobleza (Eisenberg 1982, Chevalier 1976), nuevas investigaciones han demostrado que es necesario matizar esas afirmaciones e incluir también dentro ese público a artesanos y labriegos pertenecientes a las clases más humildes de la sociedad española, es decir, a los lectores “populares” (Chartier 1998).

En este sentido, Sara Nalle (1989) ha hecho un aporte fundamental en su trabajo sobre los campesinos, mercaderes y artesanos de Cuenca (España), quienes leían u oían las mismas obras de ficción que los nobles de su época, entre ellas los libros de caballerías, tal como se desprende de sus respuestas a la Inquisición entre 1560 y 1610. Con ello, indica Chartier (1998, 418), se puede reevaluar la opinión de críticos que, como Chevalier, insistían en que los libros de caballerías eran leídos principalmente por los nobles, entre otras cosas, por el alto costo de sus ediciones. Este aspecto reducía las posibilidades de que hombres y mujeres perte-

necientes a clases medias y populares pudieran acceder a los libros de caballerías, máxime si de su comportamiento como lectores/oyentes sólo se tenían testimonios como el ofrecido por Cervantes en el capítulo 32 de la primera del *Quijote*, o el relatado por Arce de Otálora en sus *Coloquios de Palatino y Pinciano* (1550), que anota que “en Sevilla dicen que hay oficiales que en las fiestas y las tardes llevan un libros de éstos [de caballerías] y le leen en las gradas”. Entonces, a partir del documento revelado por Nalle, es necesario considerar el hecho de que aun cuando los campesinos y artesanos no pudieran comprar o ser poseedores de libros de caballerías, no significa que no pudieran acceder a ellos a través de la lectura oral y colectiva. Por tanto, no deben ser excluidos tajantemente del grupo de los lectores de este género. En todo caso, como ha subrayado Marín Pina (2005), es importante tener en cuenta que, precisamente, el hecho de que la difusión haya sido oral dificulta la medición real de cuál fue el grado de recepción de la literatura caballeresca entre estas clases más humildes.

A pesar de los obstáculos para establecer una sociología de la lectura, a partir de la difusión oral de los libros de caballerías, esta “manera de leer” fue fundamental para que semianalfabetos, pertenecientes a capas medias de la sociedad, como los labradores ricos, conocieran (leyeran/oyeran) estas obras. Es el caso del morisco Román Ramírez, que fue acusado y procesado por la Inquisición de tener tratos con el diablo porque era capaz de recitar de memoria varios libros de caballerías, cuando apenas sabía leer y tan sólo firmar y no escribir. Semejante habilidad se debía a que los había oído leer a su padre. Así lo explica el proceso inquisitorial:

Antes que él supiese leer ni lo hubiese deprendido, sabía ya de memoria los más libros de caballerías de los cuales dichos, porque Román Ramírez, padre deste confesante, leía muy bien y muchas veces en presencia deste, y así este confesante iba tomando en la memoria lo que le oía leer, y

que después poco a poco fue este confesante deprendiendo a leer y para sí leía lo que le bastaba para irlo decorando y tomando en la memoria. . . . y que como este confesante comenzó a cobrar fama de hombre de mucha memoria y a tener cabida con caballeros y señores en razón de entrete-nerlos con estas lecturas y se lo pagaban o hazían mercedes y le llevaban a saraos de damas y a otros entretenimientos, se dio este confesante más a ello y lo estudiava con más cuidado. (Harvey 1975, 94-94)

Los libros de caballerías, como evidencia la historia de Román Ramírez, eran conocidos también por las clases me-dias en las que se puede incluir a los labradores, comercian-tes, mercaderes y artesanos, tal como lo demuestran los pro-tocolos notariales, en particular los inventarios de bienes, los cuales aportan información sobre el lector, la biblioteca y las lecturas. Gracias a ellos sabemos, por ejemplo, que en la biblioteca de Fernando de Rojas se conservaban varios li-bros de caballerías (Infantes 1989), y que varias mujeres, es-posas de comerciantes, tenían libros de caballerías entre sus bienes (Cátedra y Rojo 2004).²

No sólo las mujeres de comerciantes tenían afición por la lectura de los libros de caballerías. De igual manera, los leían o escuchaban las nobles y aristócratas, que incluso lle-gaban a alquilarlos como revela el documento citado por Bouza (1996), que señala que se debe pagar a Pedro de Valdivieso doce reales por el alquiler de *El Caballero del Febo*, solicitado por las damas de la corte del Alcázar madi-riño en 1567. Entre las lectoras de la realeza se cuentan la reina Isabel la Católica, las hijas de Isabel de Portugal, la prin-cesa doña Juana y María de Austria, a quien Feliciano de Sil-va le dedica la *Cuarta parte del Florisel de Niquea*. También los leían y los poseían mujeres de la nobleza. De acuerdo con el inventario hecho en su testamento, doña Beatriz de Castro, condesa de Lemos, tenía un *Amadís de Gaula* y otros

² Pueden consultarse más datos al respecto en Marín Pina 2005.

libros de la tradición artúrica como la *Historia de Merlín* y el *Lanzarote del Lago* (Cátedra y Rojo, 290-291). Así, por ejemplo, Isabel de Santisteban, hija del regidor de Valladolid Francisco de Santisteban, tenía en su biblioteca (¿o en la de su marido?) varios títulos de ficción caballerisca, entre ellos, el *Palmerín de Olivia*, el *Primaleón*, el *Lepolemo o Cavallero de la Cruz*, el *Florambel de Lucea*. Estos datos constituyen una prueba más de que las mujeres conformaron un porcentaje alto del público que leía libros de caballerías, como lo revelan otros documentos y las mismas obras caballerescas (Marín Pina 1991).

De otra parte, el estudio y análisis de las bibliotecas de personajes pertenecientes a aristócratas y nobles indican el gusto de algunos de ellos por reunir verdaderas colecciones de libros de caballerías. Así lo señala, por ejemplo, la biblioteca del Marqués de Astorga, Pedro Álvarez de Osorio, a quien Francisco Fernández de Enciso le dedica sus libros *Florambel de Lucea* y *Platir*. De que el Marqués de Astorga fue uno de esos cortesanos que, como su Emperador, disfrutaba con las ficciones caballerescas, dan testimonio los más de veinte títulos de este tipo de literatura que hacían parte de su biblioteca nobiliaria, que heredó posteriormente su hijo Alonso de Osorio, VII Marqués de Astorga. En esta biblioteca estaban depositadas, por supuesto, las dos primeras partes del *Florambel de Lucea* en las dos ediciones que se publicaron en el siglo XVI, además de *Belianís de Grecia*, *Felixmarte de Hircania*, *Amadís de Gaula* y *Amadís de Grecia*, *Lisuarte de Grecia*, *La primera y segunda parte de la Cuarta parte de Florisel de Niquea*, *Rogel de Grecia*, es decir, prácticamente el ciclo completo de los amadises, *Olivante de Laura* y otros títulos de literatura caballerisca (Cátedra 2002, 218-223). De igual manera, Fernando de Aragón, duque de Calabria, conservaba en su biblioteca casi todo el ciclo de *Amadís de Gaula*, además, del *Claribalte*, el *Florambel* y varios ejemplares más de libros de caballerías.

De acuerdo con lo anterior, el espectro del público receptor de los libros de caballerías en el siglo XVI fue bastante

amplio: desde emperadores y reinas, hasta comerciantes, artesanos y labradores, pasando por los nobles y aristócratas. Todos ellos disfrutaron de la lectura individual y colectiva de unas ficciones que también hicieron más llevaderas las largas travesías hacia los territorios de Ultramar (Leonard 1953) y ayudaron a soportar los días calurosos del verano, como lo indica la carta de Pedro de Acuña pidiendo prestado para ello un *Clarián de Landanís* y un *Morgante* de la biblioteca del Conde Gondomar (Lucía Megías 2003).

2. Los lectores en el *Quijote*

Como ha señalado Pedro Cátedra (1999), el *Quijote* no tiene por qué ser el prisma a través del cual se evalúe la recepción y la lectura de los libros de caballerías durante los siglos XVI y XVII. Pero es claro que éste sí es un aspecto esencial en la obra de Cervantes, en la cual se exponen los diversos tipos de lectores y la manera como influye la lectura sobre éstos. Es preciso no olvidar, en todo caso, que el *Quijote* es un testimonio literario y por ello deben sopesarse con extremo cuidado los indicios que éste ofrece acerca de la lectura de los libros de caballerías. Es cierto, por ejemplo, que la nobleza puede contarse entre el amplio público aficionado a las lecturas caballerescas y así es recreado con los personajes de los duques, quienes no sólo conocen los libros de caballerías, sino que también han leído la primera parte del *Quijote*. Algo similar ocurre con lo relatado por Cervantes en el capítulo 32 del *Quijote* de 1605, que ha sido valorado como un testimonio de la lectura y conocimiento de los libros de caballerías por parte de los labriegos en la España áurea. Es probable que después de la siega los trabajadores del campo se reunieran en torno a uno de ellos que sabía leer para escuchar las extraordinarias hazañas de Palmerín de Olivia, Amadís de Grecia (nieta de Amadís de Gaula), Florisel de Niquea o la *virgo bellatrix* Claridiana, lo que constituye un testimonio literario, mas no documental, del grado de recepción dentro de las ca-

pas sociales más humildes de la sociedad renacentista (Chevalier 1976, Marín Pina 2005). Es preciso añadir que, en todo caso, la difusión de ésta y otras prosas de ficción se realizaba mediante la lectura en voz alta, testimoniada repetidamente en el siglo XVI (Bognolo 1993, Frenk 1997). El caso particular del oyente (“oidor”) de libros de caballerías recreado en el capítulo 32 de la primera parte es muy interesante en la medida en que ofrece indicios de lo que pudo ser el fenómeno del acceso al conocimiento de esta literatura mediante la lectura compartida y hecha en voz alta. Desde este punto de vista, el pasaje cervantino y otras anécdotas como la recogida son maravillosos y refuerzan la idea de la inmensa aceptación de unos libros alabados por muchos —como señala el propio Cervantes—, pero deben, no hay que perderlo de vista, ser sopesados a la hora de completar los índices reales de la lectura del género caballeresco.

Hechas estas salvedades, es evidente que Cervantes nos muestra una galería de lectores, desde el protagonista hasta sus censores como el cura y el barbero. También el canónigo toledano es lector e incluso escritor de libros de caballerías. Dorotea y Luscinda, por su parte, son reflejo de la acogida que el género tuvo en el público femenino del siglo XVI (Marín Pina 1991, Baranda 2003). Todos ellos definen su condición de lectores por rasgos distintos: los hay que leen y los hay que oyen. Don Quijote, por ejemplo, lee visualmente y en silencio, solo, “de día y de noche”, mientras que otros, como el ventero Juan Palomeque o Maritornes, se inscriben en el grupo de los que oyen, es decir, son oyentes/lectores que escuchan lo leído en compañía como ha señalado Iffland (1989).

Don Quijote puede definirse como un lector que no diferencia realidad de ficción, pues la lectura continua de libros de caballerías y su predisposición de ánimo tienen como consecuencia que el personaje crea “que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo” (I,

cap. 1, 39).³ Carmen Marín ha señalado en este sentido que “Alonso Quijano, hidalgo aficionado a la literatura y dueño de una nutrida biblioteca, representa un caso de lector extremo al que los libros de caballerías lesionan su imaginativa, que no su entendimiento, y lo convierten en un loco entreverado que quiere transformar su vida, y por extensión la de sus convecinos, en un auténtico relato caballeresco” (1993, 265). Asumiendo la identidad de don Quijote, el hidalgo manchego decide de este modo hacer de su vida un libro de caballerías y se transforma en un lector que crea e interpreta su mundo a partir de una demencia libresca que le permite imitar y seguir los modelos de sus héroes (Riley 2000). Es decir, don Quijote es un lector que padece los efectos perniciosos de la lectura de las ficciones caballerescas sobre los que habían advertido los críticos del género, en particular los humanistas de tendencia erasmista, en la medida en que Alonso Quijano lector no ejerce una actitud crítica durante la lectura de los textos de ficción y por eso asume que son verdaderos. Así lo señala Guillermo Serés: “Dicen los preceptistas que aquellos [textos], los fabulosos o ficticios, se leen con mucho más gusto porque emocionan deleitan, apasionan; porque interviene la imaginación: Y, por la misma atención o embelesamiento con que son leídos, calan más hondo en el lector, que se lo cree y lo ‘vive’ más” (2004, 67).

Sin embargo, para el personaje cervantino las lecturas caballerescas tienen una consecuencia positiva. En el capítulo 1 de la primera parte, don Quijote y el canónigo se enfrascan en una discusión en torno a los libros de caballerías. En ésta, don Quijote hace probablemente la más bella defensa de este tipo de ficción y señala los efectos benéficos de sus lecturas:

Y vuestra merced créame y, como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verá cómo le destierran la melancolía que

³ Todas las citas de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* son tomadas de la edición preparada por Francisco Rico para Editorial Crítica (1998).

tuviere y le mejoran la condición, si acaso la tiene mala. De mí sé decir que después que soy caballero andante soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos. (571)

Por supuesto, los detractores del género no consideraban lo mismo, e insistían en que el conocimiento y el disfrute de la ficción caballeresca inducían a comportamientos deshonestos. Varias anécdotas sobre lectores del siglo xvi señalan los efectos que podían tener las lecturas de las valerosas e intrépidas hazañas de los caballeros andantes, los cuales pueden tener en cuenta como un pálido reflejo de don Quijote. Algunos autores del siglo xvi registraron en sus obras dichas anécdotas, las cuales han sido consideradas por la crítica contemporánea, por investigadores como Menéndez Pelayo, Américo Castro, Edward Riley y María Carmen Marín, como una prueba de la afición del público renacentista por las historias caballerescas y como antecedentes del personaje quijotesco. Las anécdotas son, sin duda, reveladoras.

En una obra titulada *Suma de filosofía*, publicada en 1574, su autor Alonso de Fuentes hablaba de un hombre que enloqueció de tanto leer historias fantásticas. Alonso López Pinciano, en su *Filosofía antigua poética* de 1596, contaba cómo, durante un matrimonio, un invitado había perdido el conocimiento a causa de la impresión que le produjo enterarse de que Amadís de Gaula, el héroe favorito de don Quijote, había muerto. También se sabe que hubo un hombre en Milán que comenzó a llorar cuando se enteró de la noticia de la muerte de Orlando, el furioso; se fue a su casa y su esposa no logró conseguir que pasara bocado. Y de otro hombre que estaba dispuesto a jurar por la *Biblia* que todo lo que se contaba en el *Amadís de Gaula* era verdad (Riley 59). Un último testimonio, recogido por Américo Castro en su revelador ensayo “La palabra escrita y el *Quijote*”, nos acerca a un lector más parecido a Alonso Quijano, pues su protagonista pasa de la lectura a la acción: en ciertos pa-

peles fechados en 1600, y escritos por el Conde de Guimerán, se cuenta de un estudiante de Salamanca que

en lugar de leer sus liciones, leía en un libro de caballerías, y como hallase en él que uno de aquellos famosos caballeros estaba en un aprieto ante unos villanos, levantóse de donde estaba, y empuñando un montante, comenzó a jugarlo por el aposento y esgrimir en el aire; y como lo sintiesen sus compañeros, acudieron a saber lo que era, y él respondió: ‘¡Déjenme vuestras mercedes que estaba leyendo, y ahora defiendo a este caballero que está cercado por estos villanos!’ (295)

De acuerdo con esto, los efectos que la lectura de libros de caballerías tiene en don Quijote sobrepasan, y en mucho, a estos otros aficionados al género en la medida en que don Quijote pasa a la acción y no se conforma con saberse de memoria pasajes enteros de sus libros favoritos, como el hombre que se sabía de memoria el *Palmerín de Olivia* (Riley 59), o como el morisco Román Ramírez que podía recitar de memoria varios libros de caballerías sin haber aprendido a leer. Don Quijote, como lector, va más allá, y es capaz de transformar su vida en literatura porque confunde la verdad y la ficción (Serés 2004). De esta manera, Cervantes ejemplifica con su personaje central lo que Huarte de San Juan había advertido en su *Examen de ingenios*: que hay lectores que se “pierden por leer libros de caballerías” (406).

Dentro del panorama ofrecido por Cervantes, con respecto a los diversos tipos de lectores de libros de caballerías, se encuentran también los que, contrariamente a don Quijote, están en condiciones de asumir la lectura como un acto de entretenimiento y por ello no sufren el efecto perturbador de la ficción caballeresca. Entre éstos se encuentran el bachiller Sansón Carrasco, el canónigo, Dorotea, los duques, el cura Pero Pérez. No obstante, es preciso tener en cuenta que el canónigo es un lector distinto al cura Pero Pérez y a Dorotea. Ya Carmen Marín (1993) ha señalado cómo

estos últimos personajes son lectores que están en condiciones de poner en marcha sus competencias literarias para crear verdaderos montajes caballerescos: el cura inventa para don Quijote la historia de la princesa Micomicona, encarnada por la bella Dorotea, para lograr que el hidalgo manchego abandone la penitencia en Sierra Morena. Los personajes realizan lo que Edward Riley ha denominado una parodia sostenida (55-56), pues el cura y Dorotea, gracias a que son conocedores de los libros de caballerías, crean la aventura siguiendo las pautas de estas ficciones (I, cap. XIX). También Sansón Carrasco se disfraza de Caballero de los Espejos y sale a los caminos a enfrentarse a don Quijote para obligarlo a regresar a su aldea (II, cap. LXIV). Lo mismo ocurre en la segunda parte con los duques quienes, gracias a que han leído la primera parte del *Quijote* y también a que son conocedores de los libros de caballerías en los que se describían toda suerte de festividades cortesanas, hacen un montaje para sus huéspedes con la complicidad de la bella Altisidora, que se finge enamorada de don Quijote, y de toda la servidumbre (II, caps. XXXIV-LVIII). Todos ellos son entonces lectores que conocen de sobra los motivos y tópicos de los libros de caballerías, y que por ello pueden crear aventuras a imitación de estas ficciones con la intención de doblegar la voluntad de don Quijote o para burlarse de él. Son por ello lectores creadores (Marín Pina 1993) y también constituyen un índice del gusto y de la afición por la literatura caballeresca en las diversas capas que conformaban la sociedad renacentista española. No hay que olvidar que Dorotea es hija de labradores ricos, mientras que Sansón Carrasco es bachiller, y los duques son representantes de la nobleza cortesana que se caracterizan por su ociosidad. A pesar de las diferencias y de su pertenencia a clases sociales distintas, todos son lectores de libros de caballerías.

De otra parte, el canónigo toledano es el personaje que denuncia y critica los libros de caballerías, aunque para él también su lectura es un pasatiempo placentero, hasta el punto de que ha llegado a escribir más de cien páginas de

uno. Un aspecto interesante es que las críticas del canónigo son, ante todo, de carácter estético y estilístico y no de carácter moral, como fueron la mayoría de las diatribas contra el género que circulaban en el siglo XVI, las cuales, a fin de cuentas, no lograron que se redujeran los lectores, y sobre todo lectoras de los libros de caballerías, como veremos más adelante. Los erasmistas habían planteado la necesidad de que la lectura tuviera un carácter edificante y se empeñaron en que la ficción enseñara y entretuviera simultáneamente. La resolución de esta dicotomía obsesionó a los preceptistas neoaristotélicos (Riley), quienes empuñaron sus lanzas contra los libros de caballerías porque no correspondían ni se guiaban por los principios estéticos derivados de la relectura de la *Poética* de Aristóteles. A partir de estos principios, el canónigo toledano ataca los libros de caballerías porque son falsos y no corresponden a la veracidad histórica, y retoma de esta manera los planteamientos de los críticos y censores. Alonso López Pinciano, por ejemplo, llamaba la atención sobre algunos de los problemas del género:

La fábula es imitación de la obra. Imitación ha de ser, porque las ficciones que no tienen imitación y verisimilitud no son fábulas sino disparates, como algunas de las que antiguamente llamaron Milesias, agora libros de caballerías, los cuales tienen acaescimientos fuera de toda buena imitación y semejança de verdad . . . no hablo de un *Amadís de Gaula*, ni aun del de Grecia y otros pocos, los cuales tienen mucho de bueno, sino de los demás, que ni tienen verosimilitud, ni doctrina, ni aun estilo grave, y, por esto, las dezían un amigo mío “alma sin cuerpo” (porque tienen la fábula, que es el ánima de la *Poética*, y carecen de metro) y a los otros lectores y autores dellas, cuerpo sin alma. (65)

Esas deficiencias son, justamente, las que señala el canónigo de Toledo a partir de su discusión con don Quijote, quien califica también de “fábulas milesias” a los libros de caballerías:

Verdaderamente, señor cura, yo hallo por mi cuenta que son perjudiciales en la república estos que llaman libros de caballerías; y aunque he leído, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los más que impresos, jamás he podido acomodar a leer ninguno del principio al cabo . . . Y según a mí me parece, este género de escritura y composición cae debajo de aquel de las fábulas que llaman *milesias*, que son cuentos disparatados, que atienden solamente a deleitar, y no a enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleitan y enseñan juntamente. (II, cap. XLVII, 547)

No obstante, a pesar de sus críticas, este personaje cervantino es capaz de reconocer que “recibe contento” de leerlos (I, cap XLIX, 562) mientras que no ejerce sus competencias reflexivas. Lo fundamental, en este sentido, es que a pesar de que el canónigo está en condiciones de valorar en su justa medida los principios estéticos que regían los libros de caballerías, admite que pueden entretener al lector, así no combinen la admiración y la verosimilitud, que son dos de los conceptos fundamentales para Cervantes, tal como lo expresa el mismo personaje y se evidencia en el *Quijote* (Serés 2004). El canónigo, como don Quijote, hace sus lecturas de manera individual y silenciosa, pero a diferencia de él su lectura es reflexiva. Es, entonces, un lector de caballerías crítico, pero lector a fin de cuentas, como lo fueron entre otros el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, autor también de un libro de caballerías titulado *Claribalte* (1519), del que renegó posteriormente, y Juan de Valdés que se reprochaba a sí mismo haber perdido el tiempo en la lectura de libros mentirosos.

Finalmente, es notable en la obra cervantina la presencia de mujeres lectoras u oidoras de libros de caballerías. Encabeza la lista Dorotea, que ya hemos caracterizado, y la continúan Luscinda y la duquesa, mujeres que saben leer. Pero en el repertorio también se contabilizan mujeres que no saben leer y que acceden a las obras de ficción mediante la

lectura oral y colectiva, como ocurre con *Maritornes*, la hija y la esposa del ventero (I, cap xxxii). Sin duda, con la introducción de mujeres lectoras, Cervantes está recogiendo un fenómeno real de la España del siglo XVI: la enorme recepción del género caballeresco entre el público femenino, que se dio a pesar de las censuras y anatemas lanzados por los moralistas de la época, quienes insistían en que las buenas y honestas doncellas no debían leer ni escuchar este tipo de historias, en tanto las incitaban y hacían flaquear en su virtud, pues resquebrajaban los valores de un mundo en el que, por ejemplo, el sexo debía vivirse y era permitido en el estrecho marco del matrimonio.⁴ No son casuales, en este sentido, las condenas a las libertades amorosas de los libros de caballerías que hacen los moralistas y humanistas del siglo XVI, quienes, como Benito Remigio Noydens, Juan Luis Vives, Luis de Alarcón, Antonio de Guevara o Alejo Venegas, insisten en que estas obras inducen a la lascivia, son portadoras de sensualidad y de lujuria, tratan de amores, y conducen a la deshonestidad y a los “actos feos” a las castas doncellas.⁵ En efecto, estas fuertes críticas que resonaban en el ambiente señalan también el índice de lectura de libros de caballerías por parte de las mujeres (Marín Pina 1991, Dadson 1998). Como ha indicado Nieves Baranda:

Los tratadistas que aceptan que las mujeres puedan aprender a leer les prohíben cualquier obra de ficción, lo que no significó que ellas lo aceptaran. Dos son los géneros preferidos: la novela sentimental y los libros de caballerías. En el caso del primero el público femenino es el destinatario elegido por los autores, mientras que en el segundo, aunque aparentemente dirigido a los caballeros y jóvenes, las mujeres fueron parte de sus lectores más fieles . . . Son numerosísimas y variadas las fuentes que nos aseguran que los anatemas lanzados contra estos géneros apenas tuvieron

⁴ Retomo aquí lo planteado en mi artículo “Las doncellas seductoras en los libros de caballerías españoles” (2004).

⁵ Según la clasificación hecha por Elisabetta Sarmatti (38).

efecto, porque inventarios, documentos diversos, tratados y obras literarias señalan una y otra vez el atractivo que ejercieron sobre los jóvenes y las féminas en particular, que los podían incluso alquilar, como consta documentalmente para las damas de palacio, pero también para otras. (163)

Las censuras y prohibiciones dirigían sus dardos contra la lectura de los libros de caballerías, porque ésta podía enseñarles a las mujeres, entre otras cosas, las posibilidades del juego amoroso y del disfrute erótico, más en un contexto en el que la mujer comenzaba a reivindicar tímidamente su derecho al placer, paralelamente al desarrollo de un arte erótico que había venido gestándose desde fines del siglo XIII y comienzos del XIV (Thomasset 1992). Por ello Juan de la Cerda señala en su *Libro intitulado vida política de todos los estados de mujeres*, publicado en 1599, que:

Hay algunas doncellas que por entretener el tiempo, leen en estos libros, y hallan en ellos un dulce veneno que les incita a malos pensamientos, y les hace perder el seso que tenían. Y por eso es un error muy grande de las madres que paladean a sus hijas desde niñas con este aceite de escorpión, y con este apetito de las diabólicas lecturas de amor. En media hora hace más daño un libro de amores, o de cosa semejante, a la doncella desadvertida de sus daños, que una ruin tercera en muchas horas de conversación. (Cayuela 174)

Desde esta perspectiva, es importante subrayar que, justamente, lo que más le atrae a Maritornes cuando está escuchando la lectura oral de alguno de los libros de caballerías que tiene el ventero son “aquellas cosas, que son muy lindas, y más cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto. Digo que todo esto es cosa de mieles” (I, cap. xxxii, 370). También la hija del ventero se conmueve por las lágrimas de amor derramadas por los caballeros andantes

a causa de sus enamoradas. Y Altisidora intenta seducir a don Quijote con prácticas similares a las utilizadas por las doncellas requeridoras de amor en los libros de caballerías. Los autores de prosa de ficción caballerescas eran muy conscientes del atractivo que ejercían sobre las mujeres las historias de caballeros andantes y no dejaron pasar la oportunidad de incluir episodios que mantuvieron cautivo a su público femenino. Es claro entonces que los libros de caballerías seducían a las mujeres lectoras, ya sea por la imagen idealizada de la condición femenina que reflejan, por los hechos de armas que alababan la belleza y la valentía de los héroes, las maravillas o el amor (Marín Pina 1991), hasta el punto de que, como señalaba Francisco de Osuna en su *Norte de los Estados* (1541), “dejándose de vestir, gastan sus dineros alquilando libros”. Este aspecto es recalcado también por Mateo Alemán en el *Guzmán de Alfarache*: estas mujeres lectoras prefieren alquilar libros que “comprar afeites”.

3. Conclusiones

El panorama literario del siglo XVI en España se caracteriza por la aparición de distintas formas narrativas de ficción que, con el impulso de la imprenta, buscaron el favor del público lector u oyente. Ninguna de esas formas obtuvo tanto éxito como los libros de caballerías, los cuales se convirtieron en verdaderos *best-sellers*, a pesar de todos los embates de sus críticos y detractores. Amado y odiado a la vez, el género caballeresco fue capaz de acoplarse a los vaivenes de los tiempos y de satisfacer así mismo los cambios en los gustos de unos lectores y oidores que cada vez eran más exigentes. Por ello, sus modelos, motivos y tópicos fueron variando y enriqueciéndose a medida que el siglo transcurría y así desarrollar una literatura de entretenimiento estuviera en condiciones de mantener cautivos a los lectores.⁶ Es cla-

⁶ Dicha línea tendrá su máxima expresión en el *Quijote*, que termina siendo la mayor recreación de los tópicos y motivos del género caballeresco y, en últimas, un libro de caballerías muy particular, que, como ha soste-

ro que las historias de caballeros andantes fueron atractivas para nobles y labriegos, hombres y mujeres, como lo indicaba tempranamente Páez de Ribera, autor del *Florisando*, libro de caballerías publicado en Salamanca en 1510 al referirse a los seguidores de la literatura caballeresca: “personas de diversas calidades, ansí de hombres como mugeres, ansí del palacio como del vulgo”. Estos lectores y lectoras disfrutaron de las extraordinarias hazañas de los caballeros andantes, de sus combates con gigantes y seres monstruosos, de los amores y desamores de sus héroes, gracias, como se ha señalado, a las maneras de leer vigentes en el Renacimiento español: la escrita y la oral, solitaria o colectiva (Frenk 1993, Chartier 1998), y así lo refleja la obra maestra cervantina. En definitiva, con respecto a la recepción, difusión y lectura de los libros de caballerías, tanto en la realidad de la España áurea como en la ficción de la misma época, es cierto lo que señala don Quijote en el capítulo I de la primera parte: los libros de caballerías “con gusto general son leídos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados e ignorantes, de los plebeyos y caballeros”.

Obras citadas

- Aguilar, María del Rosario. “La doncellas seductoras y requeridoras de amor en los libros de caballerías españoles”. *Revista Voz y Letra* xv/1 (2004): 3-24.
- Baranda, Nieves. “Las lecturas femeninas”. *Historia de la edición y de la lectura en España. 1472-1914*. Dirs. V. Infantes, F. Lopez y J. F. Botrel. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2003. 159-166.
- Bognolo, Anna. “Sobre el público de los libros de caballerías”. *Literatura Medieval, II. Actas do IV Congresso da Associação Hispânica de Literatura Medieval (Lisboa, 1-5 outubro 1991)*. Eds. A.A. Nascimento y C. Almeida Ribeiro. Lisboa: Cosmos, 1993. 125-129.

nido José Manuel Lucía, propuso otro modelo de libros de caballerías, esta vez burlesco (2002b).

- Bouza, Fernando. "De *Aula gigantium* a museo de reyes sabios". *El libro antiguo español*, III. *El libro en palacio y otros estudios bibliográficos*. Dir. P. Cátedra y M. L. López-Vidriero. Salamanca, 1996. 29-42
- Cacho Bleuca, Juan Manuel. "El *Quijote* y los libros de caballerías". *Don Quijote en el campus. Tesoros complutenses*. Madrid: Universidad Complutense, 2005. 93-120.
- Cátedra, Pedro. "Prólogo". *El Floriseo de Fernando Bernal*. Por Javier Guijarro. Mérida: Editora Regional de Extremadura, 1999. 11-46.
- _____. *Nobleza y lectura en tiempos de Felipe II. La biblioteca de don Alonso Osorio, Marqués de Astorga*. Valladolid: Junta de Castilla y León, 2002.
- _____. y Rojo, Anastasio. *Bibliotecas y lecturas de mujeres. Siglo XVI*. Salamanca: Instituto del Libro y de la Lectura, 2004.
- Castro, Américo. "La palabra escrita y el *Quijote*". *Hacia Cervantes*. Madrid: Taurus, 1960. 292-324.
- Cayuela, Anne. "Las justificaciones y críticas de la lectura". *Historia de la edición y de la lectura en España. 1472-1914*. Dirs. V. Infantes, F. Lopez y J. F. Botrel. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2003.
- Cervantes, Miguel de. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. dirigida por Francisco Rico. Barcelona: Crítica-Instituto Cervantes, 1998.
- Chartier, Roger. "Lecturas y lectores 'populares' desde el Renacimiento hasta la época clásica". *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Dir. R. Chartier y G. Cavallo. Madrid: Taurus, 1998. 413-434.
- Chevalier, Máxime. *Lectura y lectores en la España del siglo XVI y XVII*. Madrid: Turner, 1976.
- Dadson, Trevor. *Libros, lectores y lecturas. Estudios sobre bibliotecas particulares españolas del Siglo de Oro*. Madrid: Arco, 1998.
- Eisenberg, Daniel. "Who Read the Romances of Chivalry". *Romances of Chivalry in the Spanish Golden Age*. Newark: Juan de la Cuesta, 1982. 89-118
- Frenk, Margit. *Entre la voz y el silencio*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 1997.

- _____. "Las formas de leer, la oralidad y la memoria". *Historia de la edición y de la lectura en España. 1472-1914*. Dirs. V. Infantes, F. Lopez y J. F. Botrel. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2003. 151-158.
- Harvey, L.P. "Oral Composition and the Performance of Novels of Chivalry in Spain". *Oral Literature. Seven Essays*. Comp. J.J. Duggan. Londres/Edinburgo: Scottish Academic Press, 1975. 84-110.
- Huarte de San Juan, Juan. *Examen de ingenios para las ciencias*. Ed. G. Serés. Madrid: Cátedra, 1989.
- Infantes, Víctor. "La prosa de ficción renacentista: entre los géneros editoriales y el 'género editorial'". *Journal of Hispanic Philology* 13 (1989): 115-124.
- Iffland, James, "Don Quijote dentro de la 'Galaxia Gutenberg' (reflexiones sobre Cervantes y la cultura tipográfica)". *Journal of Hispanic Philology* 14 (1989): 23-41.
- Leonard, Irving. *Los libros del Conquistador*. México: Fondo de Cultura Económica, 1953.
- López Pinciano, Alonso. *Philosophia antigua poética*. 3 vols. Madrid: CSIC, 1973.
- Lucía Megías, José Manuel. *Imprenta y libros de caballerías*. Madrid: Ollero&Ramos, 2000a.
- _____. "Libros de caballerías castellanos: textos y contextos". *Edad de Oro* XXI (2002b): 9-60.
- _____. "La biblioteca en la teoría de la lectura coetánea: 'los libros de caballerías del conde de Gondomar'". *Decíamos ayer... Estudios de alumnos en honor a María Cruz García de Enterría*. Alcalá de Henares/Salmanca: 2003. 251-284.
- _____. *Libros de caballerías castellanos: una antología*. Barcelona: Mondadori, 2004.
- Marín Pina, María Carmen. "La mujer y los libros de caballerías. Notas para el estudio de la recepción del género caballeresco entre el público femenino". *Revista de Literatura Medieval* 3 (1991): 129-148
- _____. "Lectores y lecturas caballerescas en el Quijote". *Actas del Tercer Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Alcalá de Henares, 12-16 de noviembre de 1990. Madrid/Barce-

- Iona: Ministerio de Asuntos Exteriores/Anthropos, 1993. 265-273.
- _____. “Los lectores de libros de caballerías”. *El delirio y la razón: don Quijote por dentro*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2005. 38-47.
- Nalle, Sara T. “Literacy and Culture in Early Modern Castile”. *Past and Present* CCXV (1989): 65-95
- Riley, Edward. *Introducción al Quijote*. Barcelona: Crítica, 2000.
- Riquer, Martín de. *Para leer a Cervantes*. Barcelona: El Acanalado, 2003.
- Sarmatti, Elisabetta. *Le critiche ai libri di cavalleria nel cinquecento spagnolo (con uno sguardo sul seicento). Un' analisi testuale*. Pisa: Giardini Editori, 1996.
- Serés, Guillermo. “La defensa cervantina de la lectura”. *Cuatrocientos años del ingenioso hidalgo. Colecciones de Quijotes de la Biblioteca Cervantina y cuatro estudios*. Bogotá: Tecnológico de Monterrey/Fondo de Cultura Económica, 2004. 67-86
- _____. “El Quijote como justificación ética y estética de la lectura”. *Literatura. Teoría, Historia, Crítica* 7 (2005), en prensa.
- Thomasset, Claude. “La naturaleza de la mujer”. *Historia de las mujeres. La Edad Media. La mujer en la familia y en la sociedad*. Tomo 3. Dir. G. Duby y M. Perrot. Madrid: Taurus, 1992.

